

TERRORISMO INTERNACIONAL

CARLOS RODOLFO DOGLIOLI*

Los años finales del siglo XX nos enfrentan con una amenaza que resulta novedosa no por sus características propiamente dichas, sino por su simultaneidad (afecta a todos los continentes, y no hay país que pueda decir que está inmune a su accionar) y por la utilización creciente de armas recursos cada vez más letales, sumada a su aplicación indiscriminada contra víctimas inocentes sin importar quien.

Atento a lo antes expuesto, siquiera brevemente intentaremos dar un rápido vistazo a este fenómeno de nuestro tiempo, a su significado para los argentinos y finalmente qué puede hacerse para enfrentarlo.

* El autor es Teniente Coronel (R) Oficial de Estado Mayor. En actividad se desempeñó como instructor en diversos institutos del Ejército, incluyendo el Colegio Militar de la Nación. Fue profesor en las escuelas superiores de las tres Fuerzas Armadas y en la actualidad en la de Gendarmería Nacional. Miembro de la Misión Militar Argentina en Bolivia (1980-81). Participó en la Guerra del Atlántico Sur. Su último destino en servicio activo fue el de Director de Contra Inteligencia de la Secretaría de Inteligencia de Estado durante la administración del Dr. Menem. Adjunto de la cátedra de Estrategia de la Facultad de Posgrado de la Universidad de Belgrano (1988-1990). Actualmente desarrolla actividades privadas como consultor.

La amenaza

Involucra a la totalidad de los países del globo. No hay ninguno de ellos, débil o poderoso, que pueda decir que ha logrado evitar sus efectos. Al contrario, los más poderosos pueden exhibir una triste lista de atentados de los que han sido víctimas, pese a contar con muy poderosos y mejor equipados sistemas defensivos y servicios de inteligencia reputados como verdaderos ejemplos en la materia.

Quiénes son los terroristas? Es una respuesta compleja. Incluyen a un número de hombres y mujeres que, habiendo concluido la Guerra Fría, quedaron huérfanos del control y apoyo (en especial económico) que recibían de la ex U.R.S.S. fundamentalmente. Están las secuelas de la Guerra en Afganistán, por donde pasaron no pocos voluntarios musulmanes provenientes de otros países, recibiendo adiestramiento y tomando contacto con un tipo de vida que ahora no saben cambiar. Sin duda también debemos agregar las consecuencias de un mundo sociológicamente muy competitivo y donde hay grupos numerosos que no pueden o no quieren participar en una competencia feroz y tienden a la marginalidad en forma progresiva y creciente, lo cual es un buen caldo de cultivo para el resentimiento y el odio. Están los viejos conflictos étnicos o religiosos, o todo junto, como lo vemos en los Balcanes y en algunas de las antiguas repúblicas integrantes de la que fuera la U.R.S.S.

A esto debe agregarse la disponibilidad de recursos mortíferos como son los gases que se han utilizado en Japón y que fueran producidos "caseraamente" (lo que es una manera de decir, ya que requieren algún tipo de instalación tipo laboratorio) o los explosivos que pueden improvisarse a partir de fertilizantes, etc. Cada una de estas armas del terror son capaces de provocar decenas y hasta centenas de muertos o mutilados.

El ingrediente final de este dramático cóctel es sin duda la comunicación satelital, que difunde estas situaciones y lleva imágenes que actúan sobre la mente enferma del terrorista potencial y lo inducen a la búsqueda de una publicidad enfermiza lograda a través de una bomba o algún tipo de atentado similar. El reciente episodio de "Unabomber"

en los Estados Unidos, chantajeando a los principales periódicos estadounidenses, es una muestra de esto.

¿Y el terrorista? ¿Qué es? Es un ser enfermo. Enfermo de odio. Incapaz de tolerar nada que no sea su propio odio irracional. Tan profundo y negro que lo puede impulsar inclusive hasta autoinmolarse en la ejecución de su atentado. Contra tamaña irracionalidad es difícil pensar, desde una perspectiva típica de nuestra cultura judeo-cristiana, en la búsqueda de respuestas para comprenderlo e intentar enfrentar su amenaza.

La situación sudamericana

La porción norte al igual que la central del subcontinente sudamericano, muestran, mientras se escriben estas líneas, una situación donde la violencia -en distinto grado- se alza en los territorios de los distintos países de la región. A esto debe agregarse para una mejor comprensión que, históricamente, es un hecho que con la sola excepción de Uruguay, Argentina y Chile (el cono sur propiamente dicho), en todos los demás, siempre, desde antes de la Independencia inclusive hasta la fecha, ha habido una o más zonas del respectivo territorio nacional donde han existido poderes duales, gobiernos "paralelos" sea en la forma de grandes bandas de delincentes comunes o facciones políticas opuestas al gobierno de turno que disputaban el control de esta zona referida. Actualmente, el caso de la ciudad de Río de Janeiro es un ejemplo paradigmático de esta aseveración, donde dos grandes bandas de delincentes comunes (que controlan narcotráfico, contrabando de armas y demás, prostitución y juego clandestino) cuentan con miles de hombres armados a su disposición (12.000 el "Comando Vermelho" y 8.000 el "Tercer Comando"), obligando al gobierno federal a empeñar las Fuerzas Armadas para intentar resolver el problema y fracasar al menos hasta el momento. Ni hablemos de Perú o Colombia. Y Ciudad del Este, en el triángulo fronterizo Argentina-Brasil-Paraguay.

Las bombas de Buenos Aires (Embajada Israelí y AMIA) fueron un cruel testimonio de que la guerra del Medio

Oriente no solo se jugaba en nuestras calles mediante operaciones de inteligencia, sino que uno de los bandos había decidido pasar a la acción terrorista.

Es decir, que podemos sintetizar la situación sudamericana diciendo que en esta porción del globo actúan:

- narcoterroristas sudamericanos;
- terroristas "importados" provenientes del Medio Oriente;
- terroristas marxistas (Chile), con la salvedad que a diferencia de los antes nombrados, estos no hacen terrorismo indiscriminado sino selectivo.

Terrorismo indiscriminado

El terrorismo indiscriminado (como el caso de la AMIA) es el más doloroso y brutal, ya que apunta a víctimas inocentes, buscando la parálisis y el miedo generalizados y, de ser posible, la adopción de medidas que "hagan el juego" al terrorista. Qué tipo de medidas? Leyes de excepción que restrinjan exageradamente las libertades y garantías individuales y lleven a la paranoia persecutoria y a lo que también puede llamarse "un estado policiaco". La respuesta también indiscriminada que puede calificarse como de "cacería de brujas". En síntesis, a la intolerancia.

Porque de eso se trata el terrorismo: de matar la tolerancia, matar la capacidad de convivir en el disenso y la diferencia que son características de un estado donde vale la pena vivir (distinta religión, distinta idea política, distinta cultura, etc.).

Donde está Argentina

Los escombros de la embajada israelí y del edificio de la AMIA taparon los siguientes hechos que no deberían ser olvidados por los argentinos a la hora de analizar la amenaza terrorista. Antes y después de estos dos atentados, Argentina podía y puede decir que:

Junto con Uruguay son los dos únicos países sudamericanos donde no hay:

- ni bandas de guerrilla política (Chile)
- ni bandas de delincuentes comunes masivamente organizados (tipo "Comando Vermelho" en Río. Nuestras "superbandas" tienen 10 ó 12 miembros contra 12.000 del otro caso)
- ni narcoterrorismo (Perú y Colombia)
- ni narcotráfico masivo (Bolivia).

No deseo fatigar al lector, pero esto que acabo de señalar es algo que la Argentina y sus ciudadanos le deben a quienes son responsables de la seguridad interior del país: sus Fuerzas de Seguridad, sus Fuerzas policiales y sus Servicios de Inteligencia. Y esto no es pintar un "cuadro rosa". Es de estricta justicia sustentada en los hechos que están para quien los quiera ver y no dejarse llevar por sus emociones.

Y, ¿cómo nos sucedió lo de la AMIA y la embajada? Por la misma razón porque se produjeron los atentados en Japón, en Francia y en Estados Unidos. Por la misma razón por la cual en Israel, que debe ser sin duda uno de los países más armados y celosos de la seguridad, se producen atentados terroristas. Y lo diré a continuación.

Dice un antiguo proverbio oriental: "Si no temes por tu vida podrás llevar la muerte a las filas de tu enemigo". El terrorista no teme por su vida. No valora la vida. Más aún, algunos de ellos están dispuestos a morir en el atentado que van a llevar a cabo. En tales circunstancias es difícil evitarlo.

¿Qué hay que hacer? Básicamente dos cosas: Aprender a vivir con el peligro y no caer en la paranoia, en la búsqueda de la prevención.

Brevemente analizaremos estas dos opciones.

Que hacer frente a esta amenaza

Aprender a vivir con el peligro es una aseveración fácil de enunciar pero difícil de llevar a la práctica. Sin embargo, es el punto de partida para analizar las soluciones. Cualquiera que lea diariamente los periódicos o vea el mundo a través de

la CNN advertirá que el terrorismo está con nosotros y nada indica que vaya a irse próxima y fácilmente. Es un elemento del "paisaje" del mundo de fin de siglo.

Por consiguiente, mas allá de si nos gusta poco o nada, existe. Sería absolutamente torpe e ingenuo suponer que Argentina es una isla que por mandato divino puede escapar a su amenaza. A partir de haber comprendido y aceptado que el terrorismo es, debe surgir como correlato ineludible que hay que aprender a vivir con el peligro que ello significa.

No caer en la paranoia es difícil cuando la actitud nacional no es la de reflexionar serenamente, sino tan pronto se produce algo comenzar a rasgarse las vestiduras y buscar desesperada e históricamente chivos expiatorios.

Precisamente, los que en Argentina alzaron sus voces acusadoras más agudas en el caso de la embajada israelí o la AMIA, incluyen a muchos de los que más hicieron para desmantelar los servicios de inteligencia que son (en todo el mundo) la primera línea de defensa y combate contra este flagelo.

El más importante servicio que podríamos hacerles a los terroristas sería caer en una paranoia persecutoria que transformase al país en una jaula de locos mirándose como sospechosos unos a otros. Unos por practicar la religión tal o cual o por ser de la etnia zeta o beta.

He rezado la oración final de despedida a mi padre abrazado a un amigo de familia judía y a otro de familia árabe cuya hija es jefa de laboratorio en una escuela de la colectividad israelita. Recuerdo los bancos de mi Colegio Nacional, sentado yo al lado de un hijo de inmigrantes suecos protestante, y en el banco de adelante una compañera hija de inmigrantes judíos y otro hijo de inmigrantes árabes. Argentinos todos. Ese es el país que nos legaron nuestros mayores y ese es el legado que debemos defender. ¿Con qué armas? Con las de la sensatez, la serenidad y la fortaleza, sin las cuales estamos indefensos ante la amenaza terrorista.

Nuestros servicios de inteligencia no son perfectos. Ciertamente pueden mejorarse. Pero no lo harán a partir de una crítica destructiva y desde la utopía que pueden hacer

sin medios materiales y especialmente sin presupuesto. Creer que se puede hacer algo muy eficaz sin gastar dinero es irreal, y quien lo dice o no sabe de lo que habla, o miente ex-profeso buscando engañar a los que no conocen.

Reflexiones finales

Insisto en que el terrorismo ataca la tolerancia, ya que busca sembrar el miedo a cualquier precio. La vida no le importa. Ni la propia, ni mucho menos la de los demás.

Sólo una actitud serena, firme e inteligente nos permitirá buscar caminos adecuados que preserven las formas de vida republicanas, sin las que no vale la pena vivir en cualquier país.

Este es un nuevo desafío que nos plantea el mundo actual. Sepamos enfrentarlo exitosamente apelando a lo mejor de los argentinos. A todo aquello que nos permitió forjar un país donde convergieron millones de hombres y mujeres que buscaban precisamente un lugar donde fundirse en un solo pueblo capaz de vivir en armonía pese a no ser iguales. ¿No es eso acaso lo que Dios nos dice?